



SOTERRAMIENTO, UN TREN DE DOBLE VÍA

HUMBOLDT, GURE ARTEAN

PAISAJES INDUSTRIALES
DE DURANGALDEA

ANBOTOKO HEREJEAK

LA ESCUELA
EXPERIMENTAL
DE ELORRIO

DURANGOKO
PLATERUAK

astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

10.zk 2016 • 5e

PAISAJES

INDUSTRIALES

 *Ainara Martínez Matía*
 *Txelu Angoitia*





Entre Anboto y Oiz, los paisajes que Durangaldea ofrece a nuestra imaginación se alejan de la impresión masificada que brindan otras comarcas de Bizkaia. El amplio valle del Ibaizabal, las laderas de Urkiola, las cimas de Aramotz... cualquier consulta a nuestro archivo emocional, pero también la más prosaica búsqueda en la red, nos revelarán imágenes de caseríos y pequeños núcleos de población salpicando laderas de un verdor lujuriente, en contraste con adustas crestas calizas. Acostumbramos a recrearnos en esas amplias panorámicas, sin que nuestra mente repare en ciertos datos objetivos que, por lo demás, conocemos bien: la economía de Durangaldea es eminentemente industrial, por más que la actividad agrícola y ganadera tenga un importante arraigo en la región, y por más que en los últimos años se esté desarrollando una economía más ligada al sector servicios.



Dicen que esa actividad industrial estropea el paisaje, lo altera y desfigura, borra lo que en él hay de auténtico, de natural, lo contamina; en definitiva, lo destroza. Hay, seguramente, otras muchas razones por las que la percepción de las evidencias materiales de la industria no pueda ser más negativa, pero esta impresión de deterioro en lo que habría sido un paisaje idílico es, con toda probabilidad, una de las más importantes. ¿Cómo decir que esos elementos, en apariencia completamente ajenos al lugar en que se levantan, forman parte de nuestro patrimonio cultural? ¿Cómo reivindicar su conservación, cuando lo que deberíamos pedir es que desaparezcan, en aras de la recuperación de nuestros paisajes, de nuestro entorno natural? Y, ante la posibilidad de su derribo o desaparición, ¿cómo esperar la respuesta de una población que sufre día tras día la agresión de los olores de la papelera de Iurreta, el tráfico de camiones que van y vienen de Betsaide, que aún recuerda el ruido de las voladuras en las canteras de mármol de Mañaria, que sabe de las incomodidades de convivir con fábricas en el mismo centro de los núcleos urbanos? ¿Cómo no preferir la sustitución de fábricas y talleres por amplios espacios abiertos, limpios parques, calles peatonales, modernos edificios de viviendas, nuevos inmuebles de servicios?

 Derribo de AMIG (Amilibia y de la Iglesia) en Durango.





 Lince (Elorrio).

Defender el patrimonio industrial supone enfrentarse a todas esas cuestiones, supone también afrontarlas y tratar de conectar con la sociedad, abordando con amplitud de miras un problema complejo y lleno de matices. Y supone no dar por perdida ninguna batalla, porque incluso en las derrotas habremos ganado que alguien más se sume al reconocimiento de este patrimonio.

Reconocimiento. He ahí un concepto clave cuando hablamos de patrimonio industrial. Han pasado ya tres décadas desde que, con 20 años de retraso respecto de otras regiones europeas, comenzáramos en Euskadé a debatir sobre este tema, que entonces solía denominarse *arqueología industrial*. Más de treinta años de camino para una disciplina que, sin embargo, seguimos llamando nueva; y lo hacemos, precisamente, porque aún se percibe en parte de la sociedad una absoluta falta de reconocimiento. Si *reconocer* es “admitir o aceptar que alguien o algo tiene determinada cualidad o condición”, tendremos que asumir que todavía cuesta percibir en los vestigios de la industrialización cualidades suficientes para formar parte, por derecho propio, del patrimonio cultural de Durangaldea. Basta con hacer un sencillo ejercicio y recorrer los elementos destacados como de interés cultural en las páginas web de los municipios que conforman la comarca: casas torre, iglesias, ayuntamientos, fuentes monumentales, cementerios, caseríos, frontones, palacios, santuarios, conventos, ermitas... Elementos que, es fácil suponerlo, coinciden con los que mencionarían los vecinos y vecinas si les preguntáramos por su patrimonio cultural.

Apenas hay espacio para lo industrial, que, de aparecer, lo hace dulcificado, disfrazado de elementos más amables y socialmente reconocidos como los molinos: en este epígrafe se esconden las centrales hidroeléctricas, industriales, que jalonan el curso del Arrierreka entre Berriz y Abadiño. O bien se camufla en itinerarios que nos invitan a adentrarnos en paisajes idílicos, sin apenas mención a su origen industrial: la vía verde de Arrazola se presenta como un recorrido paisajístico de gran

belleza, lo de menos es que podamos disfrutarla precisamente porque existió allí un ferrocarril minero cuya explanación nos permite adentrarnos cómodamente en el valle de Atxondo. En todo caso, se destaca en estas webs la belleza arquitectónica del mercado de Durango o la antigüedad de su matadero, hoy Plateruena Kafe Antzokia, pero el componente industrial sigue siendo algo por lo que pasamos de puntillas; no lo reconocemos como algo a destacar.

 Central eléctrica de Olazarra (Sarria).



 Central eléctrica de Patala (Sarria).



 Máquina en Olazarra (Sarria).



 Antiguo matadero de Durango, hoy Plateruena Kafe Antzokia.

Con el viejo matadero de Durango llegamos a otro de los grandes problemas del patrimonio industrial: el fachadismo. Es cierto que no es una problemática exclusiva de los antiguos edificios productivos, y está presente también en muchas intervenciones realizadas en elementos de patrimonio cultural de relevancia arquitectónica (caseríos, palacios, casas de villa...). Pero es innegable que se tiende a tratar con mayor laxitud, incluso a disculpar, la pérdida de valores que conlleva el fachadismo cuando afecta a un elemento industrial, ya que sus características suelen ser menos asumidas por la ciudadanía. Es éste un problema particularmente grave, ya que a menudo se nos presenta como recuperación del patrimonio lo que no es sino una agresión,

una actuación que distorsiona de manera irremediable los antiguos edificios industriales. Una fachada arrancada de la estructura interna que le dio sentido queda reducida a un mero telón, un falso decorado que puede fingir integrarse en el tejido urbano, pero que no es sino un elemento de tramoya. Desprovisto ya por completo de significado, el edificio podrá fácilmente desaparecer en la siguiente operación urbanística. Máxime cuando no se ha hecho nada por mantener la memoria de su uso inicial, por exponer el porqué de su conservación. Resultado directo de la falta de reconocimiento, esta pérdida de memoria y la subsiguiente descontextualización de los vestigios productivos son las amenazas más directas que afectan a nuestro patrimonio industrial.









Las consecuencias de esta amnesia colectiva, a veces voluntaria, son irreversibles. Entre los muchos ejemplos que podríamos rescatar en Durangaldea, citamos hoy nuevamente el de los talleres ferroviarios de Durango, desaparecidos sin excesivo temblor emocional en aras de una ciudad más moderna, cómoda y sostenible. Con ellos hemos perdido mucho más que un conjunto de edificios con más o menos valor histórico y arquitectónico, valores que siempre podrán ser cuestionados en aras a un “bien superior”, a la ganancia de terrenos libres o dedicados a usos más acordes con la sociedad contemporánea. Hemos perdido la capacidad de evocación que nos brindaba un conjunto de construcciones que, en sí mismas y sin necesidad de mayor interpretación, daban cuenta de una manera de entender la ciudad: fachadas, enriquecidas con las formas arquitectónicas propias de su momento; interiores parcialmente ocultos, abiertos sólo a los viajeros, con una orgullosa mezcla de imagen tradicional y materiales industriales; y, por último, espacios restringidos al universo del trabajo, en los que la racionalidad de materiales y formas respondían a una concepción exclusivamente funcional. Y todo ello creando un conjunto que, si bien no era único (basta con volver la mirada a los complejos ferroviarios –todavía en uso o con destinados a nuevos fines– que se conservan a lo largo y ancho de Europa), sí tenía la capacidad de crear un espacio con carácter.

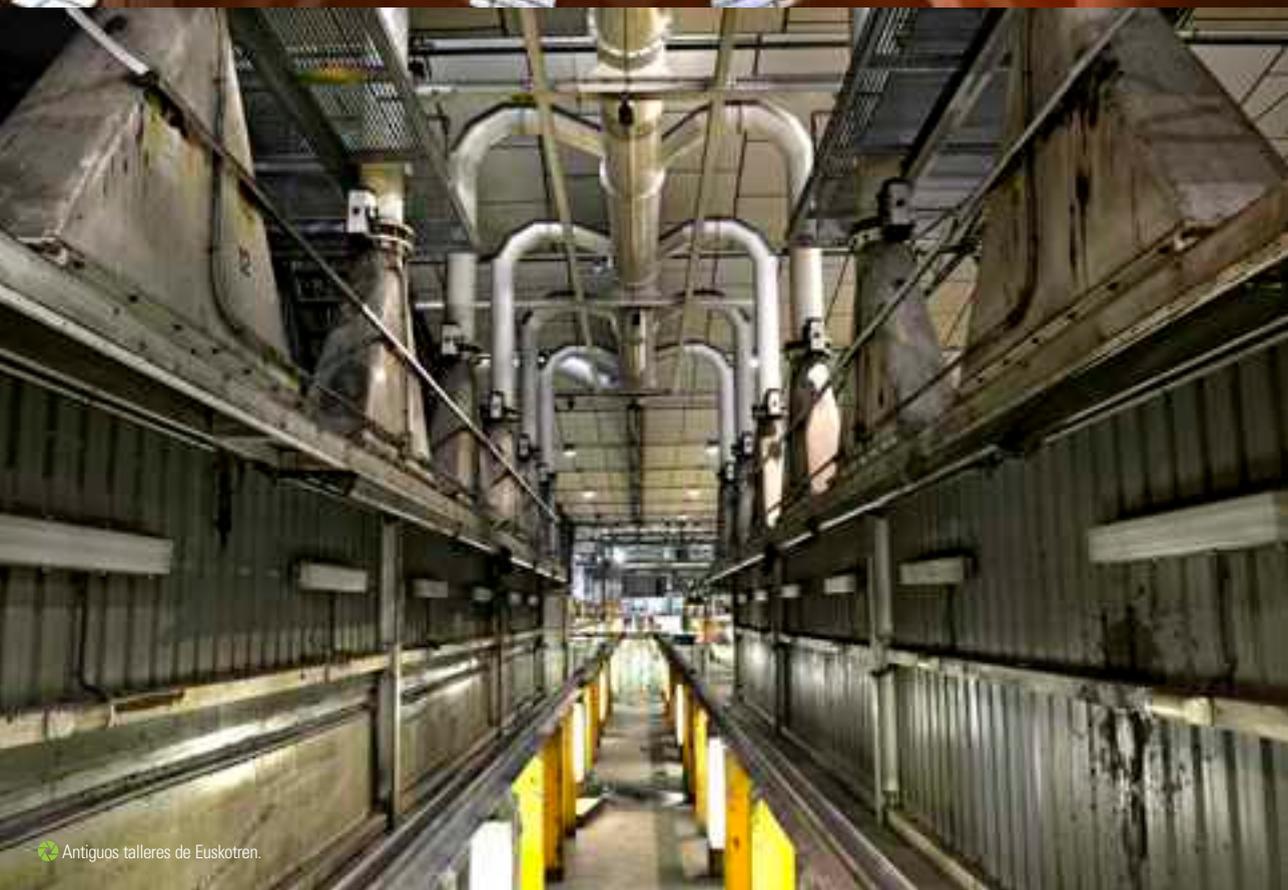
 Antiguos talleres de Euskotren





 Antigua estación de tren de Atxondo.

Aun así, incluso las pérdidas más dolorosas pueden servirnos como revulsivo, como elemento catártico del letargo en el que, a veces, parece sumirse el patrimonio y, en este caso, ayudarnos a poner sobre la mesa, de una vez por todas, que la conservación de los vestigios industriales puede, precisamente, ser un elemento diferenciador de los municipios de Durangaldea. En estos tiempos de crisis, de transformación de las estructuras económicas y sociales, su preservación puede servir para evitar la excesiva uniformización del urbanismo contemporáneo, que borra las huellas de lo que durante el último siglo y medio nos ha singularizado: la convivencia de actividades industriales en un paisaje que todavía mantiene muchos rasgos de su carácter rural. Es posible recuperarlos sin cuantiosas inversiones, algo que ya ponen de manifiesto los *gaztetxes* de Atxondo y Berriz. Su preservación evita, además, lo que el urbanista catalán Francesc Muñoz (abundando sobre el concepto acuñado en por la canadiense Jane Jacobs) ha reformulado como *urbanización*: la pérdida de identidad de los lugares, que tienden cada vez más a un aspecto uniformizado y banal, a la búsqueda de soluciones estandarizadas que redundan en una pérdida de calidad de los espacios urbanos. La estandarización de los paisajes cotidianos, de los lugares vividos, supone una pérdida patrimonial que va más allá de la pérdida arquitectónica, tecnológica, paisajística... Supone entrar de lleno en una desconexión emocional que aleja al sujeto del objeto creando un vacío difícil de volver a conectar. Edificios y elementos industriales, con una imagen potente y un marcado carácter, ayudan, precisamente, a crear una imagen menos banalizada y con personalidad propia.











Es el momento de recordar, además, que el patrimonio industrial, como parte del patrimonio cultural, es testigo y portavoz de nuestra historia y tiene, por tanto, una innegable capacidad de evocación, fruto de sus valores didácticos e iconográficos. A través de él se puede recuperar la memoria del trabajo, de la evolución de oficios como el de fundidor, que ha ocupado y aún ocupa a tantos habitantes de la comarca. Puede explicarnos también nuestros paisajes cotidianos: tan propios nos son los vestigios mineros de Arrazola y las cicatrices dejadas por las canteras de Zalloventa como las crestas calizas de Anbot. Todos conforman la imagen, la identidad de Durangaldea.

Tenemos ahora la oportunidad, la responsabilidad, de decidir cuál será el futuro de nuestro paisaje. ¿Querremos borrar de él toda huella de la industria, o seremos capaces de hacer de su presencia algo enriquecedor? ¿Sabremos jugar con inteligencia y apropiarnos de la imagen de la papelera de lurreta, de las aún más modernas fábricas, como LINCE o LAIP, que tanto caracterizan nuestra comarca? Si queremos que el patrimonio, también el industrial, juegue un papel clave en la sociedad, es el momento de impulsar su valoración y protección. Reconociéndolo estaremos, además, reconociendo el la labor y el esfuerzo de los hombres y mujeres que han trabajado y trabajan en las industrias de Durangaldea. Se lo debemos.

AINARA MARTÍNEZ MATÍA

DOCTORA EN HISTORIA

